

en el acto y delante de mí pondría el artesano un cristal al reloj. Cogió en sus manos el relojero el reloj y me dijo aproximadamente esto: «Pues mire usted, señor, esto es una cosa “mu fácil”, pero “mu delicá”, una cosa “mu facilita” pero “mu delicá”, venga usted mañana...» Fui trece mañanas consecutivas y a la catorce se despertó el carrionés violento. Las cosas que yo le dije a Torner no me atrevo a repetir las. Le cogí por las solapas, le dije improperios durante unos cuantos minutos. Y el hombre no es que se enfadara ni que se quejase, es que me miraba con absoluto asombro, como si estuviera ante un elefante. Y ya cuando vio que menguaba mi violencia me dijo: «Señor, yo no he pretendido molestarle, ni burlarme de usted. Todo lo que usted me dice, señor, perdóneme usted, no es nada de eso. Y perdóneme usted también otra cosa: ¿usted cree que el cristal de un reloj vale la pena para que usted se ponga así?» Y le di un abrazo y le dije: «Amigo mío, me ha dado usted una lección de buena educación». Pues como ésa he recibido muchas. En ese sentido el sevillano, para mí, es un ser admirable. Hay quien dice que eso es fatalismo. No sabemos lo que somos, dicen que el cangrejo no sabe que es un crustáceo, de manera que es muy posible que yo tampoco sepa lo que es el fatalismo, pero bendito sea el fatalismo, si nos permite sobrellevar las molestias que pueda causarnos la vida.

Luego Sevilla tiene otros rasgos, y perdonadme, señores, que prolongue unos minutos más esto, pero quiero contar otra observación mía para dar cuenta de las causas de mi admiración. Además de eso de no enfadarse, el sevillano, y la sevillana, claro está, me refiero al pueblo, y repito la observación —la sociedad sevillana descansa, sobre todo, en las clases más humildes—, el sevillano es de una pulcritud, de una limpieza física, verbal y espiritual, sorprendente. Yo recuerdo que en visitas a lugares humildes que hacíamos acompañados, algo que se refiere a la beneficencia, visitábamos casas de los barrios más pobres de Sevilla, casas de Triana, de la Macarena, y me acuerdo que en la calle Pagés del Corro (de Triana), visitábamos, sin señalar la fecha, sin señalar el día de la semana, a un pobre anciano ya ciego que había sido marisquero; Blas se llamaba. Estaba postrado en la cama porque además de la ceguera tenía no sé qué lesión en una pierna. Cualquiera día que llegásemos allí, y llegábamos semanalmente en días indeterminados, Blas estaba siempre recién afeitado, entre sábanas pulquérrimas, y en aquella casa no había una peseta. Otras veces preguntábamos a las mujeres que no hacían más que lavar y fregar: «Habréis pasado ratos muy amargos en aquellos años cuarenta, con la miseria de aquellos años... Sí señor, no teníamos ni “pa” jabón, ni “pa aljofifa”». No se acordaban del pan, ni del aceite y no digamos de la carne que no conocían.

No, en esto no quiero detenerme. Tengo muchos motivos de admiración por Sevilla y ello explica que no haya pretendido nunca salir de aquí, porque ya comprendéis que por muy «negao» que uno sea, desde el año 18 hasta el año 57, se me habrán presentado ocasiones para pedir en concurso cátedras de otras Universidades. Es más, un ministro, que me quería mucho y no quería que yo fuese catedrático de Sevilla porque, según él, aquí hacía mucho daño, me ofreció varias veces, por tercera mano, que solicitase la cátedra de Barcelona o de Madrid. Claro que yo le contestaba: «señor Ministro, la cátedra de Sevilla es la mía»; anunciaba en un concurso que estuvo seis años sin resolver por no ser yo persona grata.

Pero no hablaré más de mí, sería excesivo. Estoy hablando de Sevilla. En cuanto a mi conducta se refiere, he tenido la suerte, una más, de que me gustase trabajar y he trabajado porque me gustaba y no he esperado nunca recompensa. Por lo tanto que me recompenséis me sorprende y lo agradezco.

Sería superfluo: no pienso ni recomiendo otra cosa más que eso. Que tengamos la conciencia de la responsabilidad y que pensemos en el otro, que seamos altruistas, con esto basta. Que cada cual trabaje en su tateo y que todos nos propongamos no digo ya enseñar, pero sí aprender que todo se lo debemos a nuestros hermanos, y que debemos contribuir —precisamente los que hemos hecho profesión de enseñanza— a que a todos les llegue la posibilidad de discurrir, y les demos los medios para discurrir y para trabajar. Ya comprendo yo que, por ejemplo, se festejen mucho los puños... yo festejo más los codos. Si clavamos los codos en la mesa es posible que contribuyamos a que la claridad venga a la mente de nuestros hermanos, que aprendan a discurrir y les demos a todos, a todos, y no pienso exclusivamente en los proletarios, sino en todos los necesitados, privados de salud o de medios, o perseguidos, les demos ocasión de discurrir y que aprendiendo, veamos mejorar a nuestros hermanos.

Y ahora para terminar este sermón voy a dar gracias a todos los que, anteriormente, me han festejado y me han honrado. Y, después de esta declaración general a los que me han festejado, en España y fuera de España, quiero puntualizar y concretar por el orden en que se han emitido aquí las voces laudatorias, mi profunda gratitud por César Albiñana, a quien quiero y admiro de veras y llega, también, al Instituto de Estudios Fiscales. Del Instituto de Estudios Fiscales tengo recibidas pruebas notorias de afecto y de generosidad. Tanto Albiñana como su antecesor en el cargo, mi querido paisano Enrique Fuentes Quintana, me han favorecido. Fuentes Quintana nació en Carrión, en casa que ya no era, pero que había sido de mi abuela, de manera que tenemos también ese vínculo. Tengo una profunda admiración y una gran simpatía por este hombre extraordinario, muy poco amigo de los festejos y de los actos ceremoniosos, y esto sólo bastaría para explicar su ausencia. Conste que le envió a través de Albiñana un fuerte abrazo. La labor del Instituto de Estudios Fiscales es una labor memorable. Sus publicaciones, tanto en la rama de las investigaciones actuales como en la reedición de obras clásicas, es meritísima. Lo que se espera, por lo tanto, de su patrocinio en el proyecto que aquí se ha formulado, es alentador. De manera que felicito al Instituto de Estudios Fiscales y le agradezco que acometa esta tarea porque son muchas las lagunas que habrá que llenar.

Ahora bien, además de esto quiero decir otra cosa. Hasta hace unos años, muy pocos años, los estudios de la investigación en el campo de la Historia, la Economía y de la Hacienda —no quiero hablar de los otros campos porque los desconozco— han estado preferentemente, o gran número de veces, en manos de investigadores extranjeros. Hemos debido, o les debemos, exploraciones importantes. Desde hace unos pocos años podemos decir, sin vanidad, con objetividad y con esperanza, que el equipo de personas preparadas en España y el número de jóvenes investigadores, han crecido de una manera prometedora. Han dado aquí nombres, se podrían dar otros, no sé si alguno se ha olvidado. La juventud española, y digo juventud porque la inmensa mayoría de los investigadores son jóvenes, está ya en condiciones de hacer, si tuviera medios y si se les atiende, la labor sería que tanto necesitamos. De manera que en este sentido también mi gratitud es evidente.

Lo mismo le digo a Gonzalo Anes. A Gonzalo Anes lo conocí ya hace algunos años, me fascinaron sus facultades y tengo por él una simpatía extraordinaria y una admiración proporcionada. Tiene ya una labor, que he festejado, envidiable. Es un hombre de luces, de perseverancia y de un atractivo que no podéis calcular. Es un hombre eminentemente atrayente y tan evasivo que procura borrar el rasgo de sus pasos.

En cuanto a Antonio Domínguez confieso, y perdonadme los demás si con eso creéis que quedáis postergados, confieso que mi mayor satisfacción en este acto ha sido que sea mi padrino, o que haya sido el heraldo de esos pretendidos méritos míos, Antonio Domínguez Ortiz. Él sabe bien, y acaso no lo sepa del todo, que ha sido para mí uno de los historiadores predilectos, que he admirado su labor, que he procurado siempre aprender sus enseñanzas y que he contribuido a que se reparen injusticias; muchas que se han cometido con él. Es hoy, y no es que yo quiera pagar con elogios el tributo que él me ha rendido, los que no lo sepan escúchenlo (otros ya lo saben), es, entre los historiadores de su edad, el más conocido y más festejado en Europa. Esto es evidente y, además, lo tiene merecido. Es un hombre que nació en cuna humilde, que ha sabido salir de la humildad económica y llegar a la gloria intelectual, y después de hacer mucho esperamos de él —y lo veréis vosotros más que yo— otras grandes cosas.

Y aunque no haya hablado todavía el señor Ministro, no puedo prescindir de dedicarle algunas palabras. Él sabe que lo hago con sumo gusto y que siento que ya sean tantas las pronunciadas. A Jaime Añoveros lo conocí haciendo oposiciones. Algún pariente mío que está presente y que —ese sí es un hombre glorioso— no quiero aludirle con el nombre para que no se ruborice me habló de Añoveros diciéndome «oye, hay un amigo mío que hace oposiciones, habla tú con Fulanito» (no me acuerdo ya quién era el juez aquel). Claro, yo no tuve que hacer nada, ni hubiera servido para nada lo que yo hiciera. Añoveros lo hizo todo; salió airoso como no podía ser menos, en aquellas oposiciones. Y desde entonces, desde que está en Sevilla, tengo recibidas de él, además de la de hoy, muchas otras mercedes. Pero sobre todo me ha dado ocasión para que admire en él varias virtudes; citaré algunas, y es posible que me quede corto. De la inteligencia que le ha dado el Señor no hay para qué festejarla porque es también una dádiva. Ahora bien, este hombre es inspirado y trabajador, extraordinariamente trabajador, es un hombre que

se desvive por hacer lo que le gusta, que, convengámoslo, es lo que se hace bien —lo que se hace bien es lo que le gusta a uno hacer— y a Jaime García Añoveros le gusta trabajar y por lo tanto trabaja muy bien y trabaja mucho, a veces demasiado. Hace años tuve ocasión de hacer observaciones a quienes le daban trabajo, para que le cuidaran un poco y no fueran tan espléndidos en dárselo. De manera que tiene condiciones meritísimas, aparte de su simpatía extraordinaria que comparte con su esposa, a la que tengo que festejar aquí, porque es también uno de mis seres predilectos: Sisina es una encantadora criatura. Pues por Jaime tengo esta devoción, esta devoción que, claro está, hará que yo ponga la cosa demasiado sonrosada. Y en cuanto a su cargo, como sé que le gusta, pues no le quiero contrariar, ahora que ya verá dónde se ha metido, y en este orden de cosas siento por Jaime y por todos los gobernantes de buena voluntad una inmensa compasión. Dios le dé buena mano, porque él la sabrá manejar: que tenga muchísimos éxitos y España reciba los beneficios.

Señoras, señores, muchísimas gracias y nada más.

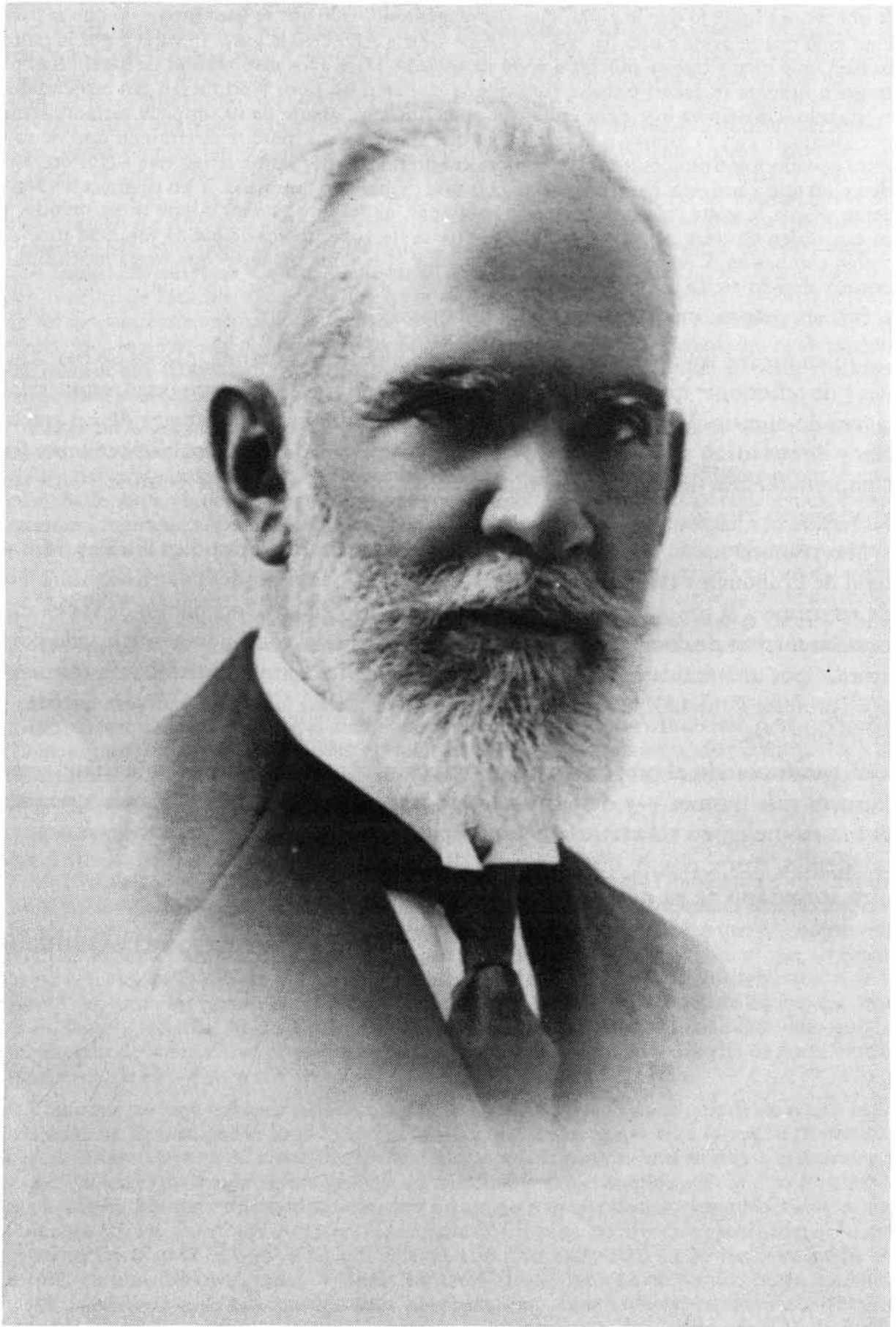
Quien medite sobre los anteriores párrafos del maestro Carande, plenos de evocaciones y de reflexiones que los jóvenes debieran leer y releer cada día con otras recomendaciones de nuestros Unamuno, Cajal y Marañón, comprobarán la firmeza de sus creencias y de sus ideas, que equivale a reconocer la sinceridad de sus acotaciones sobre los comportamientos de las personas, que valen tanto o más —si se me permite— que sus aportaciones científicas.

Mas reanudemos la reseña de las relaciones del Instituto de Estudios Fiscales (Ministerio de Economía y Hacienda) con nuestro autor, español por los cuatro costados. He de referirme a la propuesta que dicho Instituto cursó en reconocimiento de los excepcionales méritos de don Ramón, y que fue aceptada por el correspondiente Jurado pues acordó, por unanimidad, otorgar al «más grande de los historiadores de nuestro tiempo» (profesor Fontana), el Premio «Príncipe de Asturias, 1985» de Ciencias Sociales y Humanidades.

Y parafraseando al propio don Ramón Carande⁸ concluyo esta colaboración: crean lo suyos más íntimos —y destaco con todo respeto y reconocimiento de lo que para él fue su mujer, su «María Rosa, María Rosa»— y a quienes le quisieron y le siguen queriendo, crean, repito, que comparto efusivamente su duelo cuando va a cumplirse otro aniversario de su muerte. Descanse en paz el maestro Carande.

César Albiñana García-Quintana

⁸ Del escrito que dedicó a la memoria de don Juan Lladó (Moneda y Crédito, núm. 162/1982, págs. 3-6), fallecido el día 4-7-1982.



Rafael Altamira